

ñores de la «Sala de Cambio», en Perusa obra de Perugino, que tanto se asemejan por sus trajes, por sus preseas, por sus plumas, por sus espadas, por sus brocados, por su aire matón y aventurero, á los personajes fantásticos de las leyendas y de los poemas, que á la sazón se despertaban, animados por las tibias auras de aquella primavera, con el pecho asaltado de propensiones invencibles al goce del amor y á la embriaguez de la vida. Mirad, por ejemplo, el cuadro de los Desposorios. Nada más beato y ortodoxo que aquella «Virgen María», digna de un cuadro de Fra Angélico, y quizás trazada de hinojos, como el gran pintor monástico trazaba sus Vírgenes; y nada tan florentino, tan heleno, tan propio de aquella Pascua del Universo material, que se llama Renacimiento, como el hermoso joven que rompe una vara en sus rodillas, y que parece venir al seno de aquel templo semi-cristiano y semi-bíblico, después de haber esculpido un bajo-relieve ante un modelo antiguo y haber en las florestas del nuevo Academo recitado bajo los plátanos de Oriente, al susurro del Arnao, páginas de los banquetes de Platón y estancias de los idilios de Teócrito. Rafael no fuera tan profundamente humano como es en toda su vida, si la educación cristiana de su madre y la educación académica de su maestro no hubieran á una con tan profunda influencia instruido y modelado en los comienzos su genio. Mas, contempladlo, así en Siena, como en Florencia luego; y veréis en aquella multitud de figuras, á cuál más animada, que se pasean por la sacristía, ideada por Piccolomini, el período juvenil de su vida, la florescencia de su alma, cuando va desde Urbino al monasterio de Asís, y desde el monasterio de Asís á las iglesias de Perusa, y desde las iglesias de Perusa á la sacristía de Siena, y desde la sacristía de Siena al Carmine y al Baptisterio de Florencia, en legión, en coro, como cumple á la edad de las grandes amistades, que también es la edad de los grandiosos estudios, pintando aquí un fresco, allá una tabla, tras una lección de su maestro y un estudio de las guirnaldas que forman el marco de los portones de San Juan frente al Campanile del Giotto, y una contemplación de los cuadros de Vinci y de las porcelanas de Robia, y un éxtasis ante las «Tres Gracias», resucitadas de los abismos, y puestas en los altares, componiendo, dibujando, ya en el taller, ya en la calle, ya en el campo, mirándolo y aún admirándolo todo, pero sin dejarse dominar por nada más que por su propia inspiración, para seguir la obra, comenzada en otros días á impulsos de sus predecesores en el arte, y llevarla, como cumple al gran revelador, en alas de su genio, á los cielos de la más completa perfección ideal.

Al llegar aquí, Bramante lo llama con solicitud á Roma, y en Roma, Rafael consigue toda la plenitud natural de su genio y realiza toda la serie imperecedera de sus obras. Así como, en su niñez, debió inspirarle aquellos primeros cuadros el cariño á su familia y la educación religiosa, en el estío de su vida, en la juventud ya madura y plena, debió inspirarle á su vez el amor á la Fornarina, el amor, la pasión por excelencia de los jóvenes. Para persuadirse de cómo la naturaleza humana se desarrolla en este hombre, que,

digno y propio, representa la humanidad por tantos títulos, no hay como ver las figuras femeninas de sus primeros y de las figuras femeninas de sus últimos cuadros. Aquellas han sido descubiertas entre las nubes del incienso henchidas con las notas del órgano, y han sido descubiertas á su vez estas últimas entre los celajes ardientes de la pasión y las expansiones exaltadas de la vida. Han acompañado aquéllas á las religiosas en los monasterios, y han acompañado éstas á la Fornarina en el Trastevere. No han salido, no, las primeras del templo, no han bajado, no, del altar; su ideal hermosura seméjase, casta y etérea, en su inocencia incommunicable, á una plegaria mística, mientras las segundas han estado en sociedad con las antiguas diosas, y han recogido en sus armónicas líneas el aire de las antiguas estatuas, oyendo los cánticos helenos mezclados con las ondas del Egeo, Galateas unas veces, á quienes los Tritones acompañan en su carro de nácar, y otras veces ninfas que se han coronado con pámpanos, después de haber oído las canciones báquicas, y han apurado la copa de la vida en los senos y laderas del Etna y del Vesubio, animadas por el amor más delirante, y dignas de contarse á una entre la metamorfosis más bellas y las divinidades más idolatradas del viviente y caluroso paganismo. Si esta embriaguez de la vida, si esta pasión por la mujer, si este amor que todos sus sentidos embargaba, no le hubieran poseído como lo poseyeron, Rafael ni fuera tan legítimo representante como fué de la humanidad en general y de su tiempo en particular; quedándose, á manera de Miguel Angel, como un célibe solitario en las cimas de lo sublime; ó á manera de Fra Angélico de Fiesole, como un cenobita místico enterrado entre las paredes yertas de un abandonado claustro. Después de la Fornarina y de su amor, las tres grandes inspiraciones de Rafael fueron la naturaleza, la teología, la antigüedad. El cuerpo humano, menospreciado más ó menos por los pintores prerrafaelistas, que concentraban toda la vida en el espíritu, y todo el espíritu en la cabeza y en el rostro por medio de una espiritual expresión; el cuerpo humano vuelve á tener la dulce armonía que hallaran los griegos en su estructura maravillosa y que sirviera tanto para el dibujo, modelado y esculpido clásico de aquellas sus estatuas, parecidas á verdaderas melodías en piedra. Pero donde se ve la influencia ejercida por el genio de la clásica antigüedad en el genio del gran pintor moderno, es al pasear por la Roma del Renacimiento y visitar sus obras clásicas: aquí las musas de las cimas del Parnaso, inspiran las más altas poesías; allí en las naves de Santa María de la Pace, las Sibilas que parecen volver de los juegos píthicos y de los coros de Olimpías; más allá la desdeñosa ninfa que amaba el Titán siciliano, deslizándose, borracha de vida, sobre las ondas del Tirreno iluminadas por los volcanes á cuyos pies se crían, entre las algas parecidas á cintas de oro, con que se coronan los tritones, las perlas y los corales con que se coronan las nereidas; mientras no lejos de Psiquis, la virgen enamorada del amor, desnuda como el alma recién salida del aliento divino, con su lámpara de oro en la mano y sus alas de mariposa en las espal-



das, suspira, desde su lecho vacío, por abrasarse en las llamas de un nuevo ideal y confunde á una la forma pagana con el espíritu cristiano en sus indeliberados y confusos presentimientos.

He aquí la trascendencia del inmenso trabajo de Rafael. En aquellos sus tiempos de tan extraordinaria grandeza, tiempos de religiosa renovación, él quiso no fuese la idea católica como agua estancada, que se pudre ó se disipa, sino como férvido mar que recibe los desagües de todos los ríos, las lluvias de todas las nubes, los tributos de todas las aguas, y devuelve á los mismos vientos, cuando lo azotan y lo castigan y lo embravecen, las dulces evaporaciones, cuya humedad, después, con los riegos de su rocío, refrigeran la vegetación y acrecientan la vida. Rafael ha colocado frente á la escuela de Atenas, donde se hallan reunidos los filósofos del Paganismo, la disputa del Sacramento, donde se hallan reunidos los doctores de la Iglesia; frente al Timeo de Platón, las obras de San Buenaventura; frente á los rostros de Anaxágoras y de Aristóteles, iluminados por la idea helénica, los rostros de San Agustín y San Jerónimo, iluminados por la idea cristiana; junto á las musas del Parnaso, las Virgenes de los altares: junto á los Profetas de Jerusalén y Ninive, las Sibilas de Cumas y Eritrea, mostrando así que la ciencia, en sus trascendentales determinaciones, ha sido una celeste revelación también como el Cristianismo. Rafael no es solamente un artista, Rafael es un revelador. Su teología viva no vale menos que su maravillosa estética. El siglo décimo-sexto de nuestra era se parece al siglo primero en que había de resumir toda una edad y había de traer toda una revolución. Como entonces, en el siglo primero, pululaban los apóstoles, pupulaban á su vez en el siglo décimo-sexto los reformadores; y como el Oriente, sobre todo el Oriente judío, preparaba una religión nueva en el siglo primero, el Norte, sobre todo el Norte germánico, preparaba otra religión nueva en el siglo décimo-sexto. Los innovadores del siglo primero se aferraban, de suyo, antes que á todo, á la categoría de lo bueno; y á la categoría de lo bueno se aferraban también los invasores del siglo decimo-sexto, antes que á todo. Para los primeros cristianos la Roma, donde acababa de hablar Cicerón, de regir César, de componer Virgilio y Horacio, era una impura Babilonia, sólo merecedora del fuego celeste lo mismo que para los protestantes era la Roma donde Rafael había pintado sus cuadros, Buonaroti erigido sus estatuas, Cellini cincelado sus joyas y León X escrito sus encíclicas. Los poetas de la Roma pagana en tiempo de Augusto, con esa intuición poderosa que da instinto profético á las grandes almas, quisieron oponer la categoría estética de lo hermoso á la categoría moral de lo bueno preparada por los últimos judíos, y próximo entonces á nacer y desarrollarse por los primeros cristianos, pues brotaba ya la generación que había de acompañar á Cristo y se veía en el horizonte amanecer antes de Cristo, la idea cristiana. La obra de Virgilio es algo más que una obra poética, es una obra religiosa, en que, proféticamente, por adivinación, se opone la diosa Roma, diosa del arte y

del derecho, al Dios que le alboreaba, Dios de la metafísica y de la moral, por los bordes oscuros del Oriente.

Y si como antes de que naciera el Cristianismo le opusieron los grandiosos escritores latinos en general y en particular Virgilio la categoría del arte y del derecho, opusieron al incipiente luteranismo, por proféticas previsiones, por una intuición soberana, mucho antes de que se desarrollara, la categoría de lo hermoso los primeros artistas de la Roma del siglo décimo-sexto y con especialidad, el primero de todos ellos, el profeta Rafael de Urbino. Pero sucedió en el siglo décimo-sexto lo mismo que había sucedido en el siglo primero. La categoría en el arte, la categoría del derecho, la categoría del bien se dividieron; y la humanidad, que necesita de todas ellas, pero que puede prescindir temporalmente de las dos primeras y jamás de la última, optó por la categoría del bien. Y así como unos cuantos nazarenos de origen judío lograron separar de la Roma imperial tantos pueblos, unos apóstoles y doctores de origen germánico lograron separar de la Roma pontificia la mitad de Alemania, la mayor parte de Suiza, Suecia, Dinamarca, Escocia, Inglaterra, y llevar al seno mismo de las naciones latinas, la libertad de examen y el espíritu protestante. La humanidad hoy, más humana y más sintética, pasa del período de las revoluciones al período de las armonías; y comprende que los principios de lo bueno, de lo verdadero y de lo hermoso, esa grande trilogía, dimanen de la naturaleza divina y son verdaderamente indispensables á la naturaleza humana. Y bien puede asegurarse: los grandes profetas, que han mantenido un término cualquiera de tan sublime trilogía, como brillaron ayer en las regiones del arte, brillarán mañana en la religión de lo porvenir. Rafael que nació y murió en Viernes Santo, Rafael que pintó las Virgenes y las Sibilas; Rafael que duerme todavía el sueño de su gloria en el Panteón de todos los dioses; Rafael nos dice que así como él reconcilió la naturaleza con el arte y la ciencia helénica con la teología cristiana en sus obras, nuevos y no menos luminosos espíritus podrán reconciliar la razón humana y la revelación divina en una síntesis definitiva y suprema. Así lo presintió su genio sobrenatural y así lo espera confiada en su derecho y segura de su Dios la noble humanidad. Pero el esfuerzo de San Francisco de Asís y el esfuerzo de los padres del concilio de Constanza y Basilea y el esfuerzo de Savonarola se malograron, y también el esfuerzo de Rafael. A la democracia cristiana, consecuencia lógica del Evangelio, que nacida por entonces, como lo prueban las guerras de los aldeanos en Alemania, las guerras de los comuneros en España, las revoluciones de los plebeyos en Florencia, tantos y tantos otros movimientos análogos, á esa democracia, que hubiera seguramente anticipado en dos siglos la revolución de América y la revolución de Francia, verdaderas revelaciones del derecho, sustituyóse un absolutismo asiático, incompatible de todo en todo con nuestra naturaleza y de todo en todo contrario á los humanos progresos. Aquellos concilios democráticos de Basilea y de Constanza, que hubieran podido constituir un pueblo verdadera-



mente cristiano sobre bases de libertad verdaderamente amplias; aquellos concilios destinados en los designios del cielo á organizar una Iglesia parlamentaria que hubiera podido contener los desarrollos y crecimientos del derecho sin mengua del dogma, viéronse por el concilio de Letrán y por el concilio de Trento reemplazados, conciliábulos verdaderos contra la independencia del espíritu reclamada por el desarrollo de las sociedades humanas y contra la igualdad cristiana pedida por el espíritu de Cristo y necesaria para el triunfo de la justicia en el seno de la sociedad y de la vida. Pues lo mismo sucedió con la intuitiva y milagrosa obra de Rafael y los demás artistas del Renacimiento. Esta obra guardaba muchas analogías en el siglo décimo quinto y décimo sexto con la obra realizada por los Padres de la Iglesia en los siglos segundo, tercero y cuarto. Todos los grandes comentadores del dogma unían, verdaderamente inspirados, con los principios bíblicos y cristianos, los principios helenos y científicos. La idea del Verbo platónico, desarrollada en la escuela de Alejandría, compenetró la esencia inaccesible, incommunicable, supraesencial del Dios bíblico, llenando la inmensa distancia que separa lo finito de lo infinito y cumpliendo una de esas síntesis universales y humanas, sobre cuyos términos descansa, como sobre bases incommovibles, el espíritu, y su obra capitalísima, la sociedad. Pues lo que hicieron aquellos Padres de la Iglesia en la esfera teológica, fundando un cristianismo comprensivo de la idea humana y de la idea divina; hicieronlo, á su vez, los grandes artistas del Renacimiento, reconciliando en las sublimes bóvedas de la Sixtina y en las paredes eternas del altísimo Vaticano, la teología con la ciencia. Cuando los Alcides recién venidos de los juegos olímpicos y los ángeles bajados del Empíreo católico; cuando los oráculos dichos bajo los laureles de Delfos y las profecías bebidas en las aguas del Cedrón y divulgadas bajo los sauces de Babilonia; cuando los filósofos de la Atenas clásica, que miden los espacios del cielo como los espacios del alma ó cuentan las estrellas de la noche como las ideas de la inteligencia, y los doctores cristianos que dan á comer con el pan ázimo y á beber en el cáliz divino la substancia misma del Criador á la criatura; cuando allá en los cielos del Renacimiento se confunden las cimas del Sinaí y la cimas del Olimpo y las Sibilas y las Musas invocadas por los poetas, y las Vírgenes y las Mártires ceñidas por los fieles de una guirnalda de letanías sin fin, se confunden y forman con factores contradictorios, todas estas grandes reconciliaciones de razas, todas estas confluencias de ideas, todas estas síntesis de varias edades, todas estas trilogías del humano espíritu, no por meras y caprichosas arbitrariedades de artista ó del arte, sino por revelaciones celestiales, componen el fondo y la substancia de una religión verdadera.

Si la religión católica hubiese admitido en el siglo de Rafael esta revelación del arte, como admitió la religión pagana en tiempos de Homero la revelación de la poesía, quizás hubiera podido fundar el culto definitivo de Dios, y unir el humano espíritu al divino, y á la antigua historia la moderna, y al Cristianismo rejuvenecido el armonioso helenismo, y

al Dios de Santo Tomás el Dios de Platón, fundando una síntesis que juntará como términos de la misma serie las ideas de la teología y de la moral eclesiástica con las verdades dimanadas de la razón pura y extendidas, astro sin ocaso, en el cielo de la ciencia. El Paganismo tuvo también su Iglesia cerrada, su sacerdocio intransigente, su dogma inmóvil, sus tendencias invencibles hacia la teocracia, su reacción asiática, sus opiniones á la pura ciencia humana que se levantaba en la emancipada mente de los verdaderos helenos, su odio á representar la idea necesaria entonces, á saber la idea del hombre opuesta de todo en todo por su carácter individualista y progresivo á la idea del panteísmo absorbente, material, hierático del Asia, que adoraba un término inferior del sér y de la vida, la Naturaleza y la materia; mas tanta resistencia fué vencida por el genio de Homero, quien trajo en su poema, no tan sólo una poesía nueva, sino también una nueva religión más progresiva, más individualista que la religión hierática precedente, y este nuevo dogma suyo fué como el germen de aquella Grecia, que la humanidad adora todavía, de aquella Grecia que ofrece los altares formados de los bajos relieves incomparables, las aras destiladoras del hidromel divino, las estatuas perfectas, los templos y los intercolumnios que componen con sus líneas un ritmo y que alcanzan con su estética la eternidad, el canto lírico espaciado en estrofas cadenciosísimas, la tragedia clásica, la lengua inimitable, la filosofía luminosa, las arengas acabadas, los banquetes de ideas, la universal armonía por la cual suspira de nuevo el espíritu humano, pues aquella singular Atenas de la libertad, de la democracia y de la República es en la historia universal y en la sucesión de los siglos como el paraíso perdido del humano pensamiento. Pero ¡ah! que mientras el Paganismo admitió la revolución de Homero, no quiso el Catolicismo admitir la revolución del arte. Dejó á los grandes pintores que levantaran la idea helénica en los altares, y no vió en esta helénica otra cosa más que una mera forma externa, como si las formas pudieran separarse de las esencias y de las substancias, de los ideales y de los espíritus. Cayó la Iglesia respecto al arte en error análogo al error de Savonarola y de Lutero; pues mientras éstos combatían al genio plástico de su siglo con odio, anatematizándolo en sus furores monásticos, la Iglesia lo combatía con verdadera indiferencia, recluyéndolo en la región vacía de las formas yanas sin elevarlo al cielo eterno y hermoso de los verdaderos y santos ideales. Cuando yo veo la perfección, que, por aquel tiempo, alcanzamos en el arte; cuando considero aquellas ciclópeas figuras de Miguel Angel, representativas del crecimiento que han tenido el hombre y la humanidad en su tiempo; cuando recorro en la Sixtina el poema cíclico, que reúne desde las llamas del infierno hasta la luz increada y el Verbo creador; cuando paso por las estancias, y las santas Vírgenes me recuerdan con su mirada celestial y divina las uranias helénicas, mientras las gloriosas musas purificadas me recuerdan los dioses paganos bautizados por el agua lustral del Cristianismo; cuando escucho como dos coros que se confunden las proféticas palabras de Isaías que tantas veces oyera en la